IMANOL CANEYADA

† 49 †
CRUCES BLANCAS

Planeta

Diseño de portada: REVILOX / Oliver Barrón
Imágenes de portada: © Shutterstock / Lukas Gojda y Lijphoto

© 2018, Imanol Caneyada

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: julio de 2018
ISBN: 978-607-07-5132-5

Primera edición impresa en México: julio de 2018
ISBN: 978-607-07-5114-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Toda certeza es una herida inútil.
Joan Margarit

Solo queda tejer y esperar cuando el silencio
llena todo con desprecio.
Dalina Flores Hilerio

ADVERTENCIA

El libro que tiene en sus manos, estimada lectora, estimado lector, plantea un universo de ficción poblado por entes de ficción, un artefacto literario surgido de la imaginación. No responde a una investigación periodística cuyo objetivo sea arrojar datos nuevos o revelar hechos ocultos, sean del orden judicial o político, sobre el incendio en la guardería ABC acaecido en Hermosillo, Sonora, el 5 de junio de 2009.

Entonces, ¿por qué escribir este libro? Dice Milan Kundera que una novela no explora la realidad sino la existencia. A partir de esta idea, con *49 cruces blancas* me propuse explorar la existencia de un grupo de personas que de forma directa o indirecta son tocadas por el incendio y arrastradas por sus consecuencias psicológicas, morales, sociales y políticas. De ello es fácil deducir que algunos de los entes y de los hechos que transitan por el universo de la novela son de mi entera creación y otros están basados (inspirados, aunque nunca me ha convencido el término) en una realidad que sigue consumiéndose en las todavía no extintas llamas de la estancia infantil. Tanto en el primero como en el segundo de los casos, las vidas de estos personajes, los hechos y las fechas se circunscriben a esa realidad paralela, más vigorosa para muchos, a la que llamamos ficción.

En el capítulo 24 encontrará el lector un pasaje en el que parafraseo algunos versos del poema de García Lorca *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*.

Quiero aprovechar esta advertencia para agradecer a la periodista sonorense Lourdes Encinas Moreno, autora del libro *49 razones para no olvidar*, la investigación periodística más puntual y completa que se ha publicado hasta ahora sobre la guardería ABC; sin este valioso documento, escribir la novela que tiene en sus manos hubiera significado muchas más dificultades.

A mi editor, Luis Carlos Fuentes, porque juntos fuimos cocinando estas páginas que ahora se dispone a leer.

Y por último, a mi pareja, compañera de vida, Rosa Vilà Font, quien en ningún momento permitió que desfalleciera en la tarea; a ella dedico la novela.

I

ALCÁZAR

1

El nombre penetra en mi cerebro, activa una serie de neuronas aún alcoholizadas y una cara emerge poco a poco del subsuelo de mi memoria. Una cara de expresión distraída, acentuada por unos lentes a lo Lennon y un labio inferior un poco colgante, como un hueso de albaricoque.

¿Es ese el rostro de Jorge Alcázar?

Como si fueran máquinas que hace tiempo dejaron de usarse y de pronto las encienden, las células de mi sistema nervioso se conectan entre sí y le ponen ese rostro y ese nombre al tipo que muchos años atrás terminó la carrera de derecho con mención honorífica. Unos segundos después ese nombre y ese rostro son ya aquel compañero de generación encargado de decir el discurso de fin de carrera. Mi promedio de titulación no llegó a setenta y cinco. Por presión familiar, me inscribí en derecho después de cursar un año la carrera de letras hispánicas, que mi padre veía como una incuestionable pérdida de tiempo. Mi paso por la universidad puede reducirse a una permanente fiesta etílica. Proveníamos de mundos muy distintos: el mío era hostil y la escuela representaba una fuga; el de Alcázar, blando, amanerado… estudiar no era más que una consecuencia.

¿Por qué me busca Jorge Alcázar? ¿Y por qué ese nombre me provoca una ligera comezón en la desmemoria?

Otro retazo del pasado viene en mi ayuda: yo fui quien le presentó a Jorge Alcázar a su futura mujer en una fiesta. En la foto de perfil aparecen dos niños gemelos de mirada arrogante.

Supongo que son sus hijos. Después de ¿ocho, nueve años?, Jorge Alcázar me ha localizado gracias al Facebook y me propone un asunto. Trato de recordar la última vez que nos vimos.

Mientras hago memoria pongo a un lado la notebook y arrastro mi cuerpo hacia la cafetera de la cocina. Atravieso el campo de batalla de la reciente noche. Sherlock y Holmes dormitan en los sillones sin patas, desfondados, con las entrañas asomando como cabelleras por los incontables zurcidos. Los sillones ya estaban en la casa cuando la renté. El casero, en el anuncio, llamó a aquello «departamento amueblado». En realidad, Sherlock responde al nombre de Hipólito y Holmes al de Jaime. Los bauticé así porque son la antítesis del detective de la 221B Baker Street. Los tres trabajamos en una empresa de seguridad privada en Tijuana, SeguCop, que brinda sus servicios a empresarios y políticos de alto perfil. Después de dos semanas sin descanso, el jefe nos concedió un par de días francos. Nos encerramos en mi departamento con varias botellas de tequila y unas amigas bailarinas muy tristes de un triste antro a la vuelta de la calle.

Las manos me tiemblan por la resaca. Derramo parte del café en el fregadero que a esas alturas cultiva una peculiar fauna en guerra.

¿Cuándo y dónde fue la última vez que vi a Alcázar?

Como si mi hipocampo fuera preparando el terreno con una precisa selección de las experiencias remotas, me sacude una revelación: Jorge Alcázar es *ese* Jorge Alcázar.

Fue en el 2004, en la Agencia Primera Especializada en Delitos Sexuales de Hermosillo. Mi última comisión antes de que me dieran de baja en la Procuraduría. Han pasado ocho años desde entonces. Se me revuelven las tripas. En parte, por el exceso de alcohol, en parte, porque los exilios, con el tiempo, se convierten en una lavativa. Cuando el autobús cruzó el puente sobre el cauce seco del Río Colorado, Sonora se convirtió en un cementerio. Y de repente un fantasma en megabytes surge esta mañana de primavera, tibia y cachonda, en el apartado de solicitud de

mensajes. Después de un largo preámbulo sobre los viejos tiempos, Jorge Alcázar consigna un número de teléfono celular y me pide que le hable porque tiene una muy interesante propuesta de trabajo para la que mi perfil es el indicado.

¡Hijo de puta!

Aunque en honor a la verdad, Alcázar solo hacía su trabajo. Lo sé, no me engaño. El entonces subprocurador Murrieta —unos meses después se convertiría en procurador— fue el que perdió los papeles y ante la exigencia de que rodaran cabezas, la mía no paró hasta llegar a este último rincón de la patria. Alcázar, de forma involuntaria, contribuyó a ello.

Estuvo buena la party, viejón.

La musculosa figura de Holmes aparece bajo el dintel de la puerta de la cocina. El ex policía federal es bajo, tiene un pecho taurino y unos brazos cuya circunferencia iguala a la de mis muslos. Su aspecto de gorila encaja a la perfección con su trabajo de gorila.

Luego te digo, cuando se me pase la pinche cruda y logre recordar algo.

¿Queda café?

Una madre.

Yo también quiero.

La cabeza de Sherlock asoma por encima de la de Holmes. Es más alto y de una gordura compacta, al estilo de un viejo luchador. Sherlock es originario de Tijuana, a diferencia de Holmes, que nació en Mazatlán. Boxeador de medio pelo en su juventud, portero de bares frecuentados por *marines* de la base de San Diego, acabó en la empresa de seguridad privada gracias a que uno de los gerentes es un primo lejano.

Los tres tomamos el café de pie, en la cocina, en precario equilibrio, vencidos por la mañana dulce y soleada, reinventando los atributos de nuestras amigas bailarinas. Luego Sherlock y Holmes se despiden y enfrentan juntos la luz del sol, inexorable a esas horas. Al día siguiente debemos reincorporarnos al trabajo.

La pequeña sala del departamento es un naufragio, un barco encallado en un arrecife de botellas vacías, ceniceros repletos de colillas, vasos rotos, cajas de pizza despanzurradas y condones usados. En ese momento me parece imposible recoger el desorden. Si pudiera, echaría algo de ropa en una mochila y cerraría la puerta de la casa sin volver la vista atrás. Decido postergar la tarea de limpieza hasta que mi cuerpo deje de ser una náusea temblorosa. Me encierro en el único cuarto que tiene el departamento.

En la notebook sigue abierta mi página de Facebook y el mensaje enviado por Jorge Alcázar.

Ocho años atrás, una joven estudiante universitaria acusó de violación al heredero de una de las más grandes fortunas de Sonora. La familia de la muchacha contrató al ya por entonces prestigioso despacho del abogado Jorge Alcázar. Como titular de la agencia de delitos sexuales de Hermosillo, creada tres años antes, atendí la denuncia e integré la averiguación previa. Las pruebas y el testimonio de la víctima eran bastante contundentes. Y Jorge Alcázar, en tanto abogado coadyuvante, se convirtió en un grano en el culo. No paró hasta asegurarse de que el expediente estuviera tan bien armado que ningún juez se atrevería a tumbarlo. También apeló a una supuesta amistad de estudiantes endeble y nebulosa. Los problemas empezaron porque un tío del presunto violador era un influyente político que hizo pesar sus relaciones en la Procuraduría. Un día llegó la orden de retrasar el proceso, de aguantar lo más posible la consignación. Obedecí, como todos los agentes obedecíamos cuando llegaban instrucciones de esa índole. Pero Jorge Alcázar se olió el chanchullo y denunció públicamente la dilación. El subprocurador Murrieta, para calmar los ánimos, me lanzó a los leones.

Contemplo el mensaje del Facebook unos segundos más y termino por ignorar el reclamo de ese emisario del pasado. Nada ni nadie me esperan en Sonora: solo la memoria del escarnio. Mis padres y mi hermana emigraron a Tucson antes de que estallara el pequeño escándalo. Mis amigos me dieron la espalda. Yo hubiera

hecho lo mismo. Cuestión de supervivencia. Cuando se hunde el barco, todos saltan.

Intento dormir, pero la resaca me taladra el cerebro. La notebook, desde la java de madera convertida en buró de noche, azuza mi insomnio. ¿Ni siquiera voy a llamarle para mentarle la madre al menos? ¿Para darme el lujo de decirle que no? ¿Para recordarle lo hijo de su putísima madre que fue él, que fueron todos? ¿Temo que aquello que me proponga sea mejor que la porquería de vida que tengo en Tijuana y que me humille por segunda vez?

Las preguntas terminan en la taza del baño, en donde vomito hasta la bilis, como si llevara un lustro sin hacerlo, con encono y rabia. Después puedo al fin dormir.

2

Dos días después de recibir el mensaje, decido comunicarme con Jorge Alcázar. Es una decisión firme; a pesar de ello, lo primero que hago es postergar la llamada. Necesito reunir el valor suficiente para enfrentar un pasado que hasta este momento he conservado en formol. Me repito que no aceptaré ninguna oferta sin importar su naturaleza. Los motivos son otros: se trata de una cierta egolatría luego de ocho años de sentirme una mierda. Jorge Alcázar escribió en su mensaje: Pensé en ti porque tienes el perfil indicado, la experiencia y las motivaciones correctas. He dejado de ser un funcionario corrupto, esa reductora definición de un individuo, ahora tengo un perfil indicado para algo. Me intriga qué puede ser ese algo. Además, eso de «las motivaciones correctas» me sitúa en una dimensión ética que hasta ahora no creía merecer, al menos, a ojos de quienes conocen el asunto de la violación.

Por fin me animo a marcar al número que me indicó Alcázar. Han pasado cinco días desde la fiesta en el departamento. En el ínter me he sumergido en las obligaciones de un trabajo que me aburre. Tras el solemne título de supervisor de operaciones, se esconde una serie de monótonas tareas relacionadas con asegurar las operaciones de cada servicio asignado y la cobertura de las mismas de acuerdo al contrato establecido con el cliente; coordinar la toma de asistencia, llevar a cabo el monitoreo de las operaciones diarias y asegurar el cumplimiento de estas. Sherlock y Holmes son mis subordinados. El primero tiene asignada la

seguridad del dueño de una empresa minera de Tecate. El segundo vela por uno de los principales magnates del juego en Tijuana. Sherlock y Holmes son dos buenas bestias de pasado oscuro y una dudosa lealtad que aún, para fortuna de los clientes, no ha sido puesta a prueba.

Qué pendejo: me equivoco dos veces al pulsar los diez dígitos previamente escritos en un pedazo de papel. En el estacionamiento de la empresa, apoyado en el cofre de mi Altima 2000 con placas de California introducido al país ilegalmente, marco por tercera ocasión. Entra la llamada, pero seis timbrazos más tarde, el buzón de voz. Cuelgo. No sabría qué mensaje dejar.

La noche se conforma con una leve brisa proveniente de Playas de Tijuana. Me gusta la serenidad de este turno, la engañosa sensación de que el mundo renuncia por unas horas a su dialéctica enloquecida. Son las 22:07. Acaba de entrar el horario de verano, gracias a lo cual ambas entidades empatan en el reloj. Alcázar posee costumbres monacales, especulo, por lo que me resigno a intentar localizarlo al día siguiente. Prendo un Camel. De repente la nostalgia se ha convertido en un perro de ojos suplicantes. Con la nostalgia a cuestas inicio el regreso a mi cubículo. Los automóviles de los empleados parecen afligidos, víctimas de un olvido irreparable, como todos los olvidos.

El mensaje de Jorge Alcázar ha logrado penetrar mis defensas, construidas durante ocho años con empeño militar. Hasta ahora me creía inmune a esos olores, sabores, palabras o rostros que estimulan la memoria. A veces los sueños me hablan del pasado, pero en cuanto abro los ojos me apuro a olvidarlos. La terca brisa que peina el estacionamiento y su aroma a salitre me transportan a Bahía de Kino, a una época en la que había una mujer hermosa y desafiante y un grupo de amigos, compañeros de la universidad, que celebraban la caída de la tarde con cerveza y papas fritas. Entre el grupo alcanzo a distinguir la cara de Jorge Alcázar, insulsa, boba, radiante porque recién se ha hecho novio de Dulce. ¿Qué hace Jorge Alcázar en mi recuerdo? ¿Alguna vez nos

acompañó a la playa… a cualquier parte? Hasta ese instante Jorge Alcázar solo era uno de los tantos culpables de que me echaran de la Procuraduría. La historia que compartimos anterior al problema de la violación debería contarla otro.

Timbra mi teléfono. En la pantalla, el número que acabo de marcar. Dudo en responder. Si pulso el botón verde, terminaré de salir de una disciplinada amnesia que me ha permitido sobrevivir todo este tiempo en la última frontera del país. Tardo mucho en contestar. Por fin, el silencio brota del celular como una ráfaga de viento. Contemplo el aparato sobre la palma de la mano: una cajita negra, rectangular, inofensiva.

La última vez que hablé por teléfono con Jorge Alcázar fue unos días después de que me hubieran apartado del cargo. Me encontraba atrincherado en casa a la espera del resultado de la investigación de Visitaduría General. Mi mujer ya había comenzado a odiarme por solidaridad de género. Si me hubiera prestado a una tranza en otro tipo de asunto, lo habría entendido. No me chingues, la golpeó, la violó y la dejó tirada en un descampado y tú sales con tus pendejadas. Toda explicación de que eran órdenes directas del subprocurador imposibles de evadir fue inútil: empezaba a abandonarme. Me refugié en casa, incapaz de enfrentar a los escasos reporteros independientes que se interesaron en el caso, a los amigos, a los conocidos, a los vecinos. Cristina, mi mujer, ese día puso su celular entre mis ojos y las páginas de *El caso Molinet*, de Taibo II y Ronquillo. Es para ti, me espetó con una mueca que había dejado de ser de repulsión para convertirse en lástima. Al otro lado de la línea Jorge Alcázar se excusó por haber llamado a Cristina; había intentado localizarme toda la mañana en el teléfono fijo de casa y en mi celular. Luego me dijo que era consciente de que me habían puesto una trampa, que era un chivo expiatorio porque el asunto se les había salido de las manos; sentía mucho lo que me estaba pasando. Mi intención no era fregarte, pero tú sabes cómo es esto, me debo a mi cliente, y lo que querían hacer son chingaderas, me dijo.

Llego a la puerta trasera de las oficinas centrales de la empresa. Prendo otro cigarro. Localizo la llamada perdida. Aspiro con fuerza la lejana brisa marina, el humo, el silencio, y presiono la tecla verde.

Sí, ¿bueno? Licenciado Alcázar a sus órdenes.

Esperaba otro timbre de voz, uno menos acartonado, más parecido al que recuerdo o creía recordar.

¿Jorge? ¿Jorge Alcázar?

El mismo. ¿Quién habla?

Guardo silencio. Apenas unos segundos. Siento vértigo de pronunciar mi nombre.

¿Sí, bueno? No lo escucho. ¿Quién habla?

José González.

Al escuchar mi nombre, el que calla es él. Un silencio cauto.

¿Pepe Pitic?

Solo los compañeros de la universidad me llamaban así.

Ese mero. Cuánto tiempo, eh, Alcázar.

¿Pepe Pitic, el amigo de Dulce?

Bueno, pero qué traes. Te estoy diciendo que soy Pepe Pitic, carajo; fuimos juntos a la escuela, yo te presenté a Dulce en una fiesta en casa de Cristina.

Pepe, eres tú. Qué gustazo escucharte. Disculpa, pero es que… mejor luego te cuento… en corto. Qué bueno que hablas. No pensé que ibas a hacerlo… bueno, imagino que me llamas por el mensaje que te envié.

En parte. También quería saber cómo estás, miento. Y cómo está Dulce. Siguen casados, ¿no?

Infelizmente casados, sí, tenemos dos hijos, gemelos…

Los vi en tu foto de perfil… ¿son tus hijos?, me imagino.

Sí, así es, ese par de tremendos son mis hijos. Pero qué gusto, mi querido Pepe, no sabes cuánto me alegro. Hace una pausa y su tono festivo se vuelve apremiante. ¿Cuándo puedes viajar a Hermosillo?

¿Viajar a Hermosillo? No entiendo.

Es un asunto muy delicado, no puedo contarte por teléfono. Solo te puedo decir esto: te voy a pagar muy bien y es una gran oportunidad para joderte a quienes te arruinaron la vida, incluido al exgobernador si hacemos las cosas bien.

Estás loco, Alcázar, no voy a salir corriendo porque tú me lo pidas. Tendrás que decirme algo más.

Lo siento, Pitic, no puedo, sería una imprudencia. Tiene que ser en persona. Tómate un par de días, te vienes a Hermosillo, escuchas lo que tengo que proponerte y si no te interesa te regresas a… ¿en dónde vives? ¿Tijuana?

Así es, Tijuana.

Odio Tijuana. Por los gastos del viaje no te apures, los paga el despacho.

Calmado, lic. Después de ocho años me buscas y así, sin más explicación, ¿quieres que vaya a Hermosillo? ¿Pero quién te crees que soy? Te recuerdo que fuiste tú el que me jodió…

No sigas por ahí, Pitic. No me puedes culpar por lo que pasó. Tú sabes muy bien quiénes son los culpables y te estoy ofreciendo la oportunidad de fregártelos. Lo que te hicieron, comparado con el asunto que traigo, no es nada. Entiendo tu coraje, por eso pensé en ti. Hace otra pausa en la que me obstino en el silencio. Vamos a hacer algo. Te doy un día para que lo consideres. Si para mañana a estas horas no te reportas, no vuelves a saber de mí, te lo prometo. Pero una cosa sí te digo, después de lo que pasó no iba a contactarte para ofrecerte un asuntito. Es muy grande lo que tengo entre manos, necesito ayuda, y de veras estoy convencido de que eres el indicado. ¿Qué dices?

Mi primer impulso es gritarle que se vaya a la mierda con todo y su tonito de perdonavidas, su conciencia tranquila y su oportunidad de redención. Me contengo de nuevo. Tal vez a estas alturas de mi vida necesito ser redimido.

Está bueno, deja lo pienso y te hablo.

3

Es fácil olvidar la postración que provoca el desierto. La idea de que uno está fuera del tiempo porque las plantas, las rocas, los pájaros, irreductibles, estoicos, parecen inalcanzables por más que el autobús avance a noventa y cinco kilómetros por hora sobre una fantasmal línea de pavimento. Luego de ocho años atrincherado en la Sierra Madre Occidental, entre La Rumorosa y el Pacífico, entre cerros y playas, lluvia y primavera, la llanura agreste que se extiende a mi alrededor hace que me arrepienta de haberme subido diez horas antes en un TAP con destino a Hermosillo.

El amanecer me sorprende en Santa Ana. Hasta entonces, la noche se tragaba las dunas del Gran Desierto de Altar. Tras la ventana solo alcanzaba a ver una negrura salpicada aquí y allá por las luces pálidas de las rancherías. Un vacío inquietante que me indujo a un sopor del que salía cuando el autobús paraba en las centrales camioneras de pueblos que nada más son parte del itinerario de mi memoria: San Luis Río Colorado, Sonoyta, Caborca. Que están ahí para ser transitados, nada más.

Ahora, los rayos del sol naciente le dan vida a esa geografía de choyas, mezquites, saguaros, ocotillos, gobernadoras. Al evocar los nombres, sin quererlo, crece en mí un sentido de pertenencia que creía haber perdido, incluso, del que pensaba carecer. Como si antes de mi exilio, nacer y crecer en Hermosillo hubiera sido una mala jugada del destino. Muchos de mis amigos compartían ese sentimiento de desapego. La vida siempre estaba en otra parte

allende la frontera: Tucson, Phoenix, Yuma, lugares a los que pretendíamos tener derecho porque la existencia en ese pedazo de desierto era como una broma de mal gusto.

Hermosillo está a una hora cuando mucho. El autobús sortea los baches de la Cuatro Carriles con una monotonía pertinaz. En mi boca pastosa de sueño el aliento es nauseabundo. Le doy un trago a la botella de agua que compré en Mexicali. Me urgen un café y un cigarro. El último lo fumé en San Luis Río Colorado, cinco minutos. Extraigo de la mochila arrumbada en el asiento vecino —afortunadamente vacío— un ejemplar de bolsillo de Alianza Editorial de *El valle del terror*.

«Holmes tenía la alegría imprecisa de un verdadero artista en su mejor trabajo, incluso mientras se lamentaba oscuramente cuando caía debajo del gran nivel al que él aspiraba. Aún se reía muy discretamente cuando Billy abrió la puerta y el inspector MacDonald de Scotland Yard fue conducido al cuarto».

Me cuesta concentrarme en la lectura. Al interior del autobús el silencio es casi perfecto, pero divago entre el paisaje y la memoria que va reconstruyendo los accidentes de la ruta.

«Esos eran los primeros días a finales de los 80's cuando Alec MacDonald estaba lejos de haber alcanzado la fama nacional que ahora ha alcanzado. Era un joven, pero confiable, miembro del departamento de detectives, que se había distinguido en varios casos que se le habían encomendado».

Durante el tiempo que he vivido en Tijuana no he regresado a mi tierra ni con el pensamiento. Aquella noche de noviembre de 2004 abordé un TAP igual a este con una mochila y un ejemplar de *El hombre que miraba pasar los trenes*, de Georges Simenon, con cuyo personaje, en esas circunstancias de mi vida, me identificaba plenamente. Nadie fue a despedirme. Visitaduría General concluyó que había incurrido en dilación de la justicia y en uso indebido de atribuciones, pero el subprocurador Murrieta, consciente de la amenaza que representaba si abría la boca, me ofreció una discreta renuncia y una aceptable compensación económica

para esconderme durante un tiempo en otra parte. Acepté. Si alguien sabía de las consecuencias de desafiar a una maquinaria aceitada para simular, fabricar pruebas y degollar chivos expiatorios, era yo. ¿Por qué Tijuana? Tal vez por el clima, harto de vivir en ese horno implacable. Mi familia, en Tucson, no tiene papeles. La idea de partirme el lomo en la construcción por cinco dólares a la hora, como mi padre, me deprimía tanto como mi nueva condición de paria.

Me parece reconocer a lo lejos los cerros que anuncian la cercanía de la caseta de cobro de Pesqueira. Pero aquello es un acertijo imposible. Todos los cerros en lontananza son el mismo cerro. Unos minutos después dejamos atrás la desviación a Carbó. Un orgullo pueril me colma el pecho: Hermosillo me aguarda cerca. De la modorra amaneciente paso a una excitación que parece crecer con cada kilómetro recorrido. Me adelanto al autobús, impertérrito en su marcha, e imagino el bulevar Enrique Mazón López con sus maquiladoras y universidades privadas, paralelo a la vía del tren; y el desvío en el Periférico Oriente, antes de cruzar la zona hotelera, para tomar Circunvalación y reconocer los campos secos y descuidados de la unidad deportiva, el parque La Sauceda, que en mi memoria es aún ese pequeño orgullo de pequeña ciudad con aspiraciones pero que ahora luce abandonado, maleza y basura, constato desde la ventanilla.

Entro en la Central de Autobuses, en el bulevar Encinas, como un extraño, un visitante desorientado, a esa hora en que la urbe apenas bosteza. Y no es hasta que diviso el cerro de la Campana, que se yergue a mis espaldas con sus antenas de Televisa en la cima como apéndices de un insecto, que tengo cabal conciencia de que he llegado al lugar donde nací cuarenta y dos años antes. Estamos en el mes de abril de 2012. Las calles de la ciudad despiertan empapeladas con la propaganda electoral de los candidatos a diputados, senadores, alcalde, presidente de la República; huellas de una politiquería que me asquea, que no me interesa,

como a la mayoría de los habitantes de esta ciudad, de todas las ciudades, exhaustos ya de las traiciones de unos y otros.

Tomo un taxi y le pido al chofer que me lleve al hotel Kino, un viejo hotel que ha visto días de gloria pero que en este momento, como buena parte del centro, padece los estragos de los especuladores que reinventan la ciudad en otra parte. Casas semiderruidas —escombro vivo, bocas abiertas y sin dientes que expulsan mendigos adictos al cristal— cercan al hotel. Pude haber elegido un mejor hospedaje, en la zona hotelera, por ejemplo, Jorge Alcázar paga; pero el Kino se encuentra muy cerca del despacho del abogado, con lo que me ahorro depender de un transporte público inservible, según recuerdo.

Al día siguiente de la conversación que mantuve con Alcázar, casi a punto de que terminara el plazo, me reporté nuevamente: aceptaba ir a Hermosillo y escuchar su propuesta sin ningún compromiso, le dije. Lo de ponernos al día, saludar a Dulce y conocer a los niños quedó descartado de inmediato. No era mi intención reactivar una vida social que durante todo ese tiempo me había condenado al silencio. ¿Entonces por qué lo hacía? El impulso de conocer la propuesta de Alcázar obedecía tal vez al deseo de dejar de vivir con miedo. Mi compañero de universidad había puesto en el momento exacto la zanahoria delante de mi furia, hasta ese día reprimida. En el transcurso de las veinticuatro horas que me dio para decidir si acudía o no al llamado, me vi en el espejo y enfrenté un rostro desfigurado por la indolencia, la sumisión. Había huido, puesto mil kilómetros de por medio, para lamerme las heridas mientras repartía culpas chillando como un niño en su primer día de escuela.

Concluí que mi vida estaba hecha de muchas cobardías. Mala cosa la esperanza.

El recepcionista me asigna una habitación mohosa, de muebles gastados y alfombra sucia. Ya que he colgado el único cambio de ropa en un clóset tenebroso, guardado la notebook en un cajón y puesto el ejemplar de *El valle del terror* sobre el buró de no-

che, le hablo a Jorge Alcázar. Con una voz percudida por el café, por las pocas horas de sueño, una voz que necesita insultar, explotar en un grito, el abogado me pide que vaya a su despacho de inmediato, no hay tiempo que perder.